

termal exhalaban un vapor espeso: la noche se había adelantado, y era más oscura que de costumbre: no nos veíamos á cuatro pasos de distancia, escepto cuando algún relámpago rasgaba el cielo: entonces, todo el paisaje se iluminaba con un resplandor azulado, que daba al llano el aspecto de un lago: mirada aquella fugitiva claridad en círculo más extenso, tomaba un carácter de poesía tanto más grande, cuanto que instantánea y rápidamente desaparecía. Así que, habíamos doblado la capota de nuestro carruaje para no perder nada de aquel espectáculo. Es una deliciosa peregrinación la que se emprende en busea de sensaciones: por poco que tres ó cuatro jóvenes de corazón artista viajen juntos, encontrarán cosas hermosas y notables en que un espíritu común y vulgar no repararía. Así en el momento en que cualquiera desearía que avivase el cocheró para evitar la tormenta, nosotros le encargábamos que fuese despacio para no perder un solo relámpago.

Bien pronto vimos levantarse entre la tempestad y nosotros un cuerpo opaco, que nos ocultaba de repente la oscuridad. A medida que nos aproximábamos, el cuerpo, detrás del cual parecía de momento en momento encenderse una inmensa hoguera luminosa, tomaba la forma de una iglesia que luego volvía á quedar en la oscuridad. Bien pronto nos vimos bastante cerca para ver su perfil entero cada vez que había un relámpago. Su techo estaba todo erizado de agujas, y entre ellas se veía una más alta, más esbelta, más calada que las otras, porque se veía la luz al través de su encage: Aquiles me lo hizo notar, porque aquel campanario tenía una historia.

El priorato de Saint-Menoux delante del que nos hallábamos, es una iglesia romana del siglo X que empezaba á arruinarse á fines del XV. Aunque el santo, bajo cuya invocación se halla, gozase de una gran reputación en las inmediaciones, sobre todo por la curación de la rabia, y aunque fuese la iglesia hija de la abadía de Cluny, era tan pobre, que el padre Cholet, su prior, no sabía cómo atender á reparar el edificio. Hallábase muy embarazado por esto, cuando de repente se vio iluminada su imaginación. Trató de obtener del Santo Padre, que habitaba todavía en Avignon, indulgencia plenaria. Obtuvo fácilmente aquel favor que no costaba más que el firmar cuatro ejemplares, adornados con el sello pontifical. Se entregaron á los cuatro monges más robustos de la comunidad, y partieron á la misma hora, del mismo día, del mismo punto, marchando cada uno hácia los cuatro puntos cardinales de la Francia. Un año después el mismo día, á la misma hora, se hallaban de vuelta en el mismo punto trayendo las indulgencias, convertidas por los fieles de las aldeas en 4,000 escudos. Entonces los buenos religiosos comenzaron á reedificar: la

iglesia gótica adelantó como un árbol sobre la iglesia romana, y bien pronto estendió sus raíces sobre los adornos de la piedra. La parte artística se encargó á un joven arquitecto llamado Diaro, el cual dispuso hacer el campanario que debía levantarse, en medio de diez torreones de que debía estar adornado, según el plano general, el techo de la iglesia. Había comenzado su obra con el ardor de un artista, cuando fué nombrado por el duque Gilberto de Monys que acompañaba al rey Carlos VIII á la conquista de Nápoles, para hacer parte de las tropas que llevaba. Muy mal veía esto, porque tanta vocación como nuestro arquitecto tenía por su estado, tanta antipatía sentía para la carrera de las armas: así que á la cuarta jornada desapareció de la compañía. El capitán dió parte al duque Gilberto, que escribió á sus dominios dando orden que si se cogía al desertor, se le ahorcase, cualquiera que fuese la excusa que diera: hecha esta recomendación continuó su camino, y se fué á morir á Puzzoles, donde está enterrado.

Sin embargo, el desertor había vuelto á su familia, y se hallaba oculto en casa de uno de sus hermanos. Durante este tiempo los arquitectos sus compañeros habían terminado sus torreones á la mayor gloria del santo, la mayor alegría de los religiosos, y grande admiración de los fieles. El único que faltaba era el campanario encargado á Diaro, y sin embargo, debía ser el más alto y hermoso, y lo demostraban sus primeras piedras y sus esculturas. Esta falta deshonraba singularmente á la iglesia: así fué que después de una deliberación con este objeto, se decidió que se diese á concluir la obra al de los otros arquitectos que presentase el plano más acomodado á la parte ya fabricada.

A la mañana siguiente del día en que se tomó esta resolución, se notó con asombro que el campanario parecía haber crecido durante toda la noche en una hilada de piedras: sin embargo, no se fijó mucho la atención. Pero durante las noches siguientes se renovó el prodigio de una manera tan visible, que no había duda de él. Una mano invisible trabajaba de noche, y en el atrevimiento con que comenzaba á sobresalir de las demás torres, en lo bien acabado del trabajo de la escultura que se extendía sobre ocho lados, comenzó á decirse que era un arquitecto sobrehumano el que se encargaba de la obra, y que las brujas que habían edificado la iglesia de Sauvigny, querían hacer otra igual concluyendo milagrosamente la de Saint-Menoux. Esta opinión tomó nueva consistencia desde cuando se notó que únicamente las noches oscuras trabajaba el misterioso arquitecto: al contrario de las noches claras, en que la obra se detenía y no volvía á continuar hasta que el astro plateado había desaparecido completamente del cielo.

Sin embargo, uno de los arquitectos, cuya

fá era menos robusta que las de sus camaradas, procuró aclarar el hecho. Subió por la noche al torreón, se emboscó allí, y no tardó en vislumbrar á pesar de la oscuridad un ser material que subía unas después de otras sobre las plataformas de la iglesia, piedras talladas y esculpidas de antemano, que colocaba en seguida por su orden. Espió así el trabajo de este hombre, hasta el momento en que estando próximo á amanecer, el nocturno obrero desapareció dejando su campanario aumentado con una nueva hilada de piedras. A la noche siguiente se encerraron algunos hombres en el torreón, de manera, que en el momento que el misterioso trabajador subió á la plataforma, se vió rodeado y cogido. Le acercaron una linterna sorda al rostro, y reconocieron al desertor Diaro.

El artista no había tenido valor para dejar que su campanario empezado por él, fuera concluido por otro, y con riesgo de su vida había continuado su trabajo.

Diaro se hallaba condenado: no fué largo su proceso: únicamente pidió una detención de un mes para concluir su campanario: se le concedió. A la mañana siguiente de concluir el campanario, fué ahorcado Diaro. El arte es una religión que en otro tiempo también ha tenido sus mártires.

En el momento en que Aquiles Allier terminaba esta leyenda, de que muchos de los descendientes de aquel desgraciado obrero que llevan su nombre ahora, pueden comprobar su autenticidad, comenzó á ser la lluvia tan fuerte, que nuestro cocheró, que no tenía como nosotros donde ponerse á cubierto, nos rogó que le buscáramos un abrigo. La iglesia nos ofrecía uno: Allier corrió á llamar á la puerta del sacristán, vino éste con las llaves, y empleamos el tiempo que nos veíamos obligados á parar, en visitar el templo de Saint-Menoux. Este es, como he dicho, un antiguo monumento del siglo X, reparado y embellecido en el XV; pero cuyo principal carácter es romano. Posee el sepulcro del bienaventurado que le ha dado su nombre: es un monumento muy sencillo de forma de ataúd que encierra el corazón del santo, contenido en una cajita de madera de cedro. Un agujero redondo practicado en el mismo sepulcro, sirve á los fieles para cumplir un acto de fé. Todo hombre creyente que ha tenido la desgracia de ser mordido por un perro rabioso, irá siempre á la iglesia, meterá su cabeza en el agujero, y la tendrá allí el tiempo que tarde en rezar cinco Padres nuestros y cinco Ave Marias, y al sacarla no duda que quedará curado.

Un convento de religiosas estaba contiguo en otro tiempo á la iglesia de Saint-Menoux: la regla no era muy severa, únicamente toda señorita al entrar en la orden, después de cometer una falta, era pintada

de hombre, y su retrato colocado en una galería, destinado á manifestar por la vista de este singular disfraz, la fealdad de la falta de la culpable. Notamos que una de las más bonitas pecadoras, no solo llevaba el traje masculino, sino también sobre aquel traje una armadura: aquella probablemente había cometido un enorme crimen. Había en la galería sobre unos ciento cincuenta á ciento sesenta cuadros.

Durante nuestra visita, había aclarado el tiempo, y podíamos ponernos en camino. Al volver á pasar por Sauvigny, Allier nos hizo notar una torre arruinada. Esto es todo lo que queda del antiguo castillo de los duques de Borbon.

Volvimos á entrar en nuestro hotel serían las once de la noche, y tres horas después, aun estábamos hablando alrededor de la chimenea de los antiguos recuerdos históricos, de las antiguas leyendas maravillosas y de antiguos cuentos populares de que Allier hacía colección para su grande obra del Borbonesado en lo que había concentrado todas sus facultades y esperanzas. En fin, se fué á su cuarto que estaba contiguo al nuestro. Largo tiempo todavía estuvimos hablando al través de las paredes. A la mañana siguiente nos acompañó todavía á un cuarto de legua de la ciudad: allí nos abrazamos sin reparar que era por la última vez.

ROMA EN LAS GALIAS.

A la mañana siguiente llegamos á Lion: nada nos había detenido en el camino más que el castillo casi abandonado de Jacobo II, de Chavannes, señor de la Palizia. Nos lo enseñó un conserje septuagenario, ruina viviente en medio de aquellas muertas ruinas: los descendientes de la familia habían dejado de habitar la morada de sus antepasados. Tailor me había recomendado pasar por aquel sitio, que dominan góticas murallas, sin entrar en el patio del maestro de postas donde el sepulcro del vencedor de Ravena, obra maestra del siglo XVI y maravilla del renacimiento, servía de pilon para beber los caballos. Cuando me contó en su indignación nacional esto, me irrité dolorosamente con esta circunstancia. No era bastante haber profanado su nombre; debían ser profanadas también las cenizas. Así, no dejé de servirme de su recomendación; pero el sepulcro ya no existe: había sido comprado y trasladado al museo de Avignon: en cuanto á los huesos no se sabe que ha sido de ellos.

Visitamos aquellas ruinas que habian sido habitadas en el tiempo de su esplendor por los hombres de Richelieu: todas las escaleras y cuartos estaban ruinosos.

Jacobo II de Chavannes era un elegido entre los pueblos: era un hombre como Borbon, un hombre como Bayardo, un hombre como Tribulcio, que eran tres hombres mas grandes que el rey.

Hizo la conquista de Nápoles con Carlos VIII y la del Milanésado con Luis XII. Fué juez del campo el día en que fué muerto Sotomayor: fué general el día en que Ravena se tomó: fué mariscal en Marigni al lado de Francisco I vencedor: fué soldado en Pavia siendo Francisco I vencido. Allí, derribado por su caballo, en medio de los enemigos muertos por él, su espada que conservaba en la mano, fué disputada por Castaldo, un capitán italiano, y por Busarto, capitán español: y como no quería entregarse ni á uno ni á otro y quería morir, siendo demasiado viejo para ser vencido y prisionero, Busarto apoyó el cañón de su arcabuz sobre su coraza y le hizo pedazos el pecho á boca de jarro: y fué preciso todo esto para que soltase aquella espada tan disputada por sus vencedores. Así, dice Brantome, habiendo tenido buen principio tuvo buen fin.

Y ahora, servid de espada á tres reyes, sed testigo de Bayardo, vencedor de Gonzalo de Córdoba, amigo de Maximiliano y vencedor de Nemours: teñid con vuestra sangre los fosos de Barleta, las murallas de Rubor, las llanuras de Argnadell y los campos de Guinerafe: contaos en el número de los vencedores de Marigni y de los invencibles de Pavia: morid por no rendir vuestra espada donde el rey de Francia rendía la suya: y todo esto, ¿para qué? ¿Para que vuestro nombre sea un ridículo recuerdo y vuestro sepulcro un pilón para dar de beber á los caballos! La posteridad es para algunos mas ingrata que los reyes.

Los únicos descendientes del señor de la Palizia son dos jóvenes y apuestos oficiales, que cada uno de ellos ha tenido ya cuatro desafíos porque han tenido la desgracia de llevar uno de los mas hermosos nombres de Francia.

En Lion se encuentran las primeras huellas de la dominación romana: al llegar á Lion daremos un brevisimo compendio de la manera con que los romanos se apoderaron y estendieron en las Galias. Antes de esta época pertenecian casi enteramente á pueblos que no temian nada, decian, mas que á la caída del cielo, y que enviaron á uno de sus Brenos á quemar á Roma y otro á saquear á Delfos: eran ricos, no solamente en rios, misiones y bosques, sino tambien en minas. Los Alpes, los Pirineos, las Cevennas, ocultaban abundancia de oro y de plata que apenas cubria una ligera capa de tierra.

Las costas del Mediterráneo suministra-

ban aquel granate tan fino y tan brillante que podia ser muy bien el carbunclo famoso de los antiguos que los modernos en vano han buscado; en fin, los ligures pescaban alrededor de las islas de Hieres aquel magnifico coral con que adornaban las gargantas de sus mugeres y los tahalís de sus espadas. En aquel tiempo florecia la ciudad de Tiro, y sus marineros surcaban el Mediterráneo y el Océano con seis mil galeras. Entre sus hijos contaban un dios: este dios era Hércules. Hércules nacido el mismo día de la fundación de la ciudad; Hércules, intrépido viajero haciendo retroceder los términos del mundo y fijándole sus límites; Hércules que no es otra cosa que el genio Tiriano, belicoso y comercial á la vez, poderoso por el hierro y el oro, y que nada puede resistir y que á nuestros ojos representa, despojado de los atributos que le da la antigüedad, no un hombre, no un héroe, no un dios, sino un pueblo.

En la embocadura del Ródano asienta su planta Hércules: apenas se hubo internado algunas leguas en aquellas tierras, cuando fué atacado por Ligur y Albion, hijos de Neptuno. Prepara sus flechas é iba á sucumbir, cuando Júpiter viene en su ayuda haciendo caer una lluvia de piedra que cubre el llano. Hércules vencedor funda una ciudad que en memoria de su hijo llamó Nemausus. Esta ciudad es Nimes, cuyo moderno nombre conserva todavía alguna cosa de su antiguo bautismo.

Aquí la alegoría es trasparente y el simbolo visible: la civilización no comprendida y despreciada por los bárbaros, ha puesto su pie en la tierra de Occidente: la barbarie ha sido vencida, y el tráfico y la victoria consagradas por el llano sobre la montaña, es la fundación de una ciudad. Entonces la misión de Hércules en las Galias se verifica. Como último monumento de su paso, los dioses le vieron, dice Silvio Itálico:

Scindentem nubes, frangentemque ardua montis.

Y desde entonces hubo un camino que llevó desde las costas gálicas á las llanuras de Italia, atravesando las gargantas de Tenda. Este es el primero que se conoce: tiene de fecha mil años antes de Cristo, y despues de veinte y ocho siglos que hoy cuenta, lleva todavía el nombre de Calzada Tiriana.

Tiro, condenada por el profeta Ezequiel y sitiada por los ejércitos de Nabucodonosor, tocaba á su decadencia: sus colonias desfallecientes agonizaban bajo la metrópoli, como miembros á que el corazón no enviaba la sangre. La civilización rodía había querido en vano ser la heredera de su imperio en los mares: aquellos holandeses del antiguo mundo, desaparecieron bien pronto á su vista, despues de haberles dejado por recuerdo edificadas á Rodas, ó Rodanousia, cerca de las

bocas del Ródano; y desapareciendo, dejaron casi estinguirse el comercio que un tiempo habia sido célebre en el oriente de las Galias.

Los naturales del país se aprovecharon de aquel momento de reflujo, durante el que la civilización de Oriente abandonaba las costas meridionales de las Galias, por las riberas septentrionales del Africa donde comenzaba á florecer Cartago. Los segobrigos, tribu gálica libre entre los ligures, se establecieron entonces desde el Var hasta el Ródano, y la barbarie occidental comenzaba á borrar la civilización de Oriente, cuando un buque focense echó el áncora al Este del Ródano. Su capitán era un jóven aventurero, salido del Asia para su viage de descubrimientos, saltó en tierra, y vino á pedir la hospitalidad al jefe bárbaro en aquellas costas.

Era por casualidad un día festivo. El rey Naun casaba á su hija, que Aristóteles llamó Petta y Justino Giptis. Todos los guerreros que habian pretendido su mano, venian á sentarse sobre haces de heno y de paja, alrededor de una mesa muy baja cargada de carnes de venado y yerbas cocidas. Al fin de la comida, la jóven desposada, de quien no se conocia todavía el esposo, debia entrar llevando en la mano una copa de vino traído de Italia, porque las viñas no eran todavía conocidas en las Galias, y presentarla al que ella eligiese por esposo. En este momento fué en el que se presentó Euxene. Naun se levantó para recibirle, porque el extranjero era siempre bien recibido, en los palacios como en las cabañas galas, y haciéndole sentar á su derecha, le invitó á tomar parte en el festin.

Al fin de la comida, se abrió la puerta de la sala y la hija de Naun se presentó en ella. Era una hermosa galesa de talle esbelto y flexible como un junco; de rubios cabellos y ojos azules. Detúvose un instante en el umbral de la puerta para elegir en la asamblea guerrera á aquel á quien iba á hacer un rey.

Entonces fué cuando en medio de aquellos soldados salvajes de alta estatura, de cabellos casi encarnados por el agua de cal, de bigotes rojos, cubiertos con una manta rayada raída sujeta por un broche de metal debajo de la barba, vió un jóven de una belleza desconocida en el país en que ella habia nacido. Tenia ojos y pestañas negras, largos cabellos negros y perfumados, una túnica que dejaba ver sus desnudos y afeminados brazos, un gorro, un manto y sandalias de púrpura. Sea fascinación, sea capricho, su mirada no pudo separarse del extranjero: marchó derecha á él, y con desprecio de los guerreros que le rodeaban, le presentó la copa con una dulce sonrisa. Al momento se levantaron murmurando todos los convidados; pero, dice Aristóteles, Naun creyó reconocer en aquella acción un impulso superior y una orden de sus dioses. Alargó la mano al focense, le llamó su yerno, y dió por dote á

su hija el golfo en que su esposo habia tomado tierra. Euxene despachó inmediatamente su buque á Focea con la tercera parte de sus compañeros encargados de reclutar colonos en la madre patria, y echó sobre el promontorio que hay saliente por aquel lado en el Mediterráneo, los cimientos de una ciudad que se llamó Marsalia y que mas tarde y sucesivamente los romanos llamaron Marsillia, los provenzales Marsilio y los franceses Marsella.

Salieron los mensajeros de Euxene, llegaron á Focea y contaron lo que habian visto, y como su capitán habia sido hecho yerno de un rey, fundado una colonia y pedía á la colmena materna un nuevo enjambre para poblar su ciudad.

A la relación de esta maravillosa historia los aventureros se presentaron en tropel; el tesoro público les suministró viveres y armas: se proveyeron de plantas de viña y de olivo, y en el momento de levantar áncoras trasportaron sobre el buque de Euxene fuego cogido en el sagrado hogar de Focea que iba á arder en Marsalia, que seria así, por esta llama, emblema de la vida y de la verdadera existencia de su madre: despues, inmediatamente las largas galeras de Focea, que Herodoto ha contado de cincuenta remos, dirigieron sus proas para Efeso, donde el oráculo habia ordenado á los viajeros desembarcar. Allí encontraron una muger de noble familia, que habia tenido una revelación de la buena diosa efesina por la que habia mandado que una de sus estátuas se transportase á las Galias. Los focenses cumplieron con alegría el mandato de la divinidad y despues de una feliz travesía llegaron á Marsella, donde Aristarco estableció el gran culto que adquirió Diana.

Marsalia se engrandeció así en medio de las naciones que la rodeaban y que desde el principio intentaron oponerse á su prosperidad; pero que bien pronto ocupadas las mas de las revueltas interiores de las Galias, la dejaron edificar sobre su suelo de arena sus casas de madera cubiertas de paja. Dice Vitruvio que reservaban para sus templos, y edificios sagrados el mármol que sacaban del Delfinado, y las tejas, que construian de un barro tan ligero que echado en el agua sobrenadaba como madera.

Sin embargo, las causas de la decadencia de Tiro alcanzaron tambien á Focea, la madre patria. Giro, que habia conquistado una parte del Asia Mayor la hacia asaltar por uno de sus tenientes. Despues de una resistencia heroica, los sitiados, viendo, que no podian sostenerse por mas largo tiempo, pensaron en sus hermanos que habian encontrado hospitalidad en la tierra de Occidente, y trasportando sobre sus galeras sus muebles mas preciosos, sus familias y sus dioses, levantaron anclas apagando en sus templos el sagrado fuego que debian volver á encontrar en las Galias, en Córcega y en Calabria.

Pero la Córcega se hallaba inculta entonces: además los focenses eran marineros y no labradores: tenían sesenta galeras y ni un solo arado. Se echaron á piratas é interceptaron el comercio entre los cartagineses y los etruscos. A contar desde este día Cartago y Marsella fueron enemigas apareciendo como rivales: de modo, que cuando Annibal, para cumplir el juramento que siendo niño había hecho á su padre, concibió el gigantesco proyecto de hacer á Cartago la reina del mundo, apenas había aparecido en la cumbre de los Pirineos cuando por el cuidado de los masaliotas, Roma se hallaba advertida del peligro que la amenazaba y sabía que encontraría puertos amigos donde enviar sus buques, y un camino sólido á donde hacer marchar sus legiones que debían oponerse al paso del Ródano y de los Alpes.

Cuando penetremos en el Mediodía, trataremos de hallar las huellas de este maravilloso paso; pero en este momento es de la fortuna de Marsalia y no de la de Roma de la que nos ocupamos.

Los resultados de la segunda guerra púnica fueron inmensos para ella: Marsalia heredó el comercio de Asia, de España, de Grecia y de Sicilia.

El águila romana no pudiendo devorarlo todo, abandonó sus restos al león masaliota; desde este instante la Focea Occidental reunió en su puerto el comercio del mundo que había desaparecido con Tiro, Rodas y Cartago. Entonces fué cuando pensó, que su poder no estaría seguro si no era una potencia territorial al mismo tiempo que marítima, y comenzó á hacer escursiones por la tierra del Var.

Estas escursiones sacaron de sus sueños á sus antiguos enemigos: los ligures, los oxibes y los deccates. Revivieron inmediatamente mal aplacados sus antiguos odios y embistieron á Antipolis y Nicea (Antibes y Niza) dos de las principales colonias de Marsalia. La hija de Focea amenazada á su vez en sus posesiones, envió embajadores á Roma para quejarse de sus vecinos. Roma eligió y envió embajadores suyos que arreglaran la cuestión que acababa de suscitarse. La galera que llevaba á los tres mensajeros de conciliación llegó á O'Égitna, que pertenecía á los oxibes.

Estos, exasperados á la vista de los extranjeros que se presentaban como jueces en sus diferencias, los atacaron en el momento que desembarcaban. Dos romanos perecieron en el primer encuentro: Flaminio que quiso defenderse, fué pronto herido. Sin embargo, sostuvo la retirada de sus compañeros y logró reembarcarse; pero perseguidos de cerca aun al tiempo de levantar las anclas se vió obligado á cortar los cables. Esto era mas de lo que necesitaba la política guerrera de Roma, á quien la Italia sometida y destruida Cartago se había hecho dueña del imperio del mundo.

Encargó por consecuencia á Quinto Opi-

mio tomase satisfacción de la ofensa y puso bajo sus órdenes cuatro legiones.

El cónsul las reunió en Plasencia, las condujo por los Apeninos, atravesó á su cabeza las gargantas de Tenda y bajó al país de los oxibes por el antiguo camino tiriano que Hércules había abierto en medio de las nieves.

Los oxibes, aunque ayudados de los Deccates y los ligures, fueron vencidos, sus tierras dadas en propiedad á los masaliotas, y Roma para á asegurar el cumplimiento exacto del tratado impuesto por ella, dejó sus legiones en posiciones militares en la ciudad principal del enemigo que había vencido.

Dos cónsules sucedieron á Quinto Opimio: el primero fué Marco Flavio Flacco, que por nuevas quejas de los masaliotas declaró la guerra á los salitas y á los voconces y los venció como su predecesor había hecho con los oxibes, con los ligures y los deccates: y el segundo fué Cayo Sestio Calvino, que paseando sus legiones sobre todo el litoral arrojó á los voconces mas allá del Isere, y repelió á las montañas la población de las llanuras, consiguiendo aproximarse á mil quinientos pasos de los lugares de desembarco y á mil del resto de la costa.

Entretanto, vino el invierno: Cayo Sestio interrumpió las hostilidades y tomó cuarteles sobre un cerro situado á algunas leguas de Marsalia. Lo que le había determinado á elegir aquel punto era la reunion casi milagrosa de un rio, de una fuente de aguas vivas y de un manantial termal.

Así, apenas vió el partido que podía sacar de tan ventajosa posición, se le ocurrió fundar una colonia para Roma y dar su nombre á una ciudad, é hizo cambiar sus empalizadas en murallas y sus tiendas en casas. La naciente ciudad tomó el nombre de Aqua Sestiae, y fué la primera ciudad que los romanos poseyeron en el territorio transalpino.

Cien años mas tarde, Fabio, Domicio, Paulo Manlio, Aurelio Cotta, Quinto Marcio rey, Mario Pronptinus y César habían, á pesar de las derrotas de Silano, de Casio, de Scauro, de Capion y de Manlio, conquistado el resto de las Galias y Octavio las había dividido en diez y siete provincias romanas.

Bajando por el Ródano desde Lion hasta Marsella encontraremos toda la historia de estas conquistas por los monumentos que han dejado.

En cuanto á Lion á donde hemos llegado, la ciudad era tan poca cosa en los tiempos de la conquista de las Galias, que César pasa por ella sin verla y sin nombrarla: únicamente hizo un alto sobre una colina donde al presente se encuentra á Fourvieres. Asentó allí sus legiones, y cercó su campo momentáneo con fosos tan profundos, que despues de diez y nueve siglos no ha podido cegarse enteramente aquellos fosos que abrió con la punta de su espada.

Algun tiempo despues de la muerte de aquel conquistador se sublevaron trescientos pueblos. Uno de sus tenientes llamado Lucio, escoltado por algunos soldados que habían permanecido fieles á la memoria de su general, y buscando un lugar donde fundar una colonia, fueron detenidos en la confluencia del Ródano y del Saona por un considerable número de vieneses que rechazados por las poblaciones allobroges bajadas desde montañas, habían levantado sus tiendas sobre aquella lengua de tierra y fortificaban aquellos fosos inmensos formados por la mano de Dios y en los que corría á grandes olas un rio y un arroyo. Lucio hizo un tratado de alianza con los vencidos, y bajo el nombre de Lucii Dunum se vió salir bien pronto de tierra aquellos cimientos de la ciudad que poco despues debía ser la ciudadela de las Galias, centro y comunicacion de cuatro grandes vias trazadas por Agripa y que cruzan aun hoy la Francia moderna desde los Alpes al Rhin y desde el Mediterráneo al Océano.

Entonces, sesenta ciudades de las Galias reconocieron á Lucii Dunum por su reina y vieron á su costa levantarse un templo á Augusto, á quien reconocieron por un dios.

Este templo bajo Caligula cambió de dios y de culto, fué el lugar de la reunion de las sesiones de sus academias, de las que uno de sus reglamentos pinta enteramente el carácter del loco imperial que la había fundado. Este reglamento dice, que si entre los concurrentes á las academias hubiese alguno que presentase una mala obra, fuese escluido en provecho del que la hiciese mejor, y que borrarse la obra entera con su lengua, ó si queria mejor, que lo arrojaran al Ródano.

Lucii Dunum no tenia mas que un siglo, y la ciudad nacida ayer disputaba ya la magnificencia con Marsella la griega y con Narbona, cuando un incendio, que se atribuyó á un rayo, la redujo á cenizas, y esto tan rápidamente, dice Séneca hablando de este incendio, con un tono conciso, que entre una ciudad inmensa y una ciudad destruida no medió mas que el espacio de una noche.

Trajano tuvo compasion de ella: bajo su poderosa proteccion Lucii Dunum comenzó á salir de sus ruinas. Bien pronto sobre la colina que dominaba se levantó un magnífico edificio destinado á los mercados. Apenas apareció, cuando los bretones se apresuraron á traer sus escudos pintados de diferentes colores y los iberos sus armas de acero que ellos solos sabían templar. Al mismo tiempo Corinto y Atenas les llevaban tambien por Marsella sus cuadros pintados sobre madera, sus piedras grabadas y objetos de bronce: el Africa sus leones, sus tigres sedientos de la sangre de los anfiteatros: la Persia caballos tan ligeros que venian en reputacion á los corceles numidas, cuyas madres, dice Herodoto, eran fecundadas por el soplo del viento.

Este monumento, que se hundió el año 440 de nuestra era, es llamado por los autores del siglo IX *forum vetus*, y por los del siglo XV *fort-viel*.

De estas palabras compuestas han sacado los modernos *fourvieres*, nombre que aun conserva en nuestros dias la colina sobre que fué edificado.

Lion siguió el destino de las demas colonias romanas. En la época de la decadencia de la metrópoli, se separa de su poder, y reuniéndose en 527 al reino de los francos, vino desde esta época á confundir su historia con la nuestra. Colonia romana bajo los Césares, segunda ciudad de Francia bajo nuestros reyes, el tributo de nombres ilustres que pagó á Roma á título de aliada, fué los de Germánico, de Claudio-Caracalla, de Marco Aurelio, Sidonio Apolinario y Amboise: el que dió á la Francia á título de hija fiel, fueron los de Filiberto de Lorme, Coustou de Coisevox, de Suchet, de Duphot, de Camille Jordan, de Lemonthey, de Lemot, de Dugas-Moostbel y de Ballanche.

LOS SEÑORES CINQ-MARS Y DE THOU.

Tres monumentos quedan todavía en pie en Lion que parecen hitos plantados por los siglos y dispuestos como tipo de progreso y decadencia del arte de la arquitectura. Son la iglesia de Ainay, la catedral de San Juan y la casa de ayuntamiento. El primero de estos monumentos es contemporáneo de Carlo-Magno; el segundo de San Luis, y el tercero de Luis XIV.

La iglesia de Ainay se halla edificada sobre el terreno mismo del templo que las sesenta naciones de las Galias habían levantado á Augusto. Los cuatro pilares de granito que coronan la bóveda han sido prestados para su hermana cristiana por su hermana pagana: no formaban al principio mas que dos columnas que se elevaban á una altura doble de la que hoy se levantan, y cada una de ellas se hallaba coronada por una victoria. El arquitecto que construyó á Ainay las hizo aserrar por enmedio á fin de que no desdijesen con el carácter romano del resto del edificio. La altura de cada una de ellas es hoy de doce pies diez pulgadas, lo que hace suponer que en su primitivo empleo, cuando las cuatro no formaban mas que dos, tendria cada una lo menos veinte y seis pies de altura.

Encima de la puerta principal se ve incrustado un bajo relieve antiguo representando

tres mugeres llevando frutas en sus manos. Encima de estas figuras se leen estas palabras abreviadas:

MAT. AUG. PH. E. MED.

que se esplican asi:

Matronis augustis Philesus Egnaticus, medicus.

La catedral de San Juan no parece tener la edad que al pronto la dimos. Su pórtico y su fachada evidentemente datan del siglo XIV, ora haya sido edificada ó únicamente acabada en aquella época; además, la fecha de su nacimiento se encontrará por el arqueólogo en la arquitectura de la nave principal, cuyas piedras tienen aun recientes las huellas y recuerdos de las cruzadas y los progresos que el arte occidental acababa de introducir en los pueblos occidentales.

Una de las capillas que forman la parte baja de la iglesia, cuyo número, según la costumbre, se hacía subir á siete en memoria de los siete misterios, ó á doce en honor de los doce apóstoles, se llama la capilla de Borbon.

La divisa del cardenal que se compone de estas tres palabras: *nespoir, ne peur*, se halla reproducida en varios parages.

Pedro de Borbon, su hermano, añadió una P y una A enlazadas, siendo estas letras las iniciales de su nombre de bautismo y del de Ana de Francia, su muger.

En cuanto á los cardos que le adornan indican que el rey le había hecho un *caro don* concediéndole á su hija. Apresurémonos á decir que el cincelado de este sepulcro vale mas que el equivoco de la palabra.

Uno de los cuatro campanarios que contra las reglas de la arquitectura de aquella época flanquean el edificio en cada uno de los ángulos, sirve de morada á una de las mas grandes campanas de la Francia. Pesa treinta y seis mil libras.

La casa del ayuntamiento situada sobre la plaza Terreaux, es probablemente el edificio que Lion con mas complacencia y orgullo enseña á los extranjeros; su fachada, construida por los dibujos y planos de Simon Maupin, presenta todos los caracteres del estilo grandioso, pesado y frio de la arquitectura de Luis XIV: al bajar sus escaleras se encuentra uno enfrente de uno de los recuerdos históricos mas terribles y que la crónica criminal de Francia conserva en sus archivos: en aquel sitio, donde se fijan los pies del viagero cayeron las cabezas de Cinq-Mars y de Thou.

Gracias á la linda novela de Alfredo de Vigny, aquel drama es en nuestros dias popular: la escena con que termina es una escena mejor concebida que escrita, y creemos que nuestros lectores verán con placer el que le presentemos enfrente de la invencion salida de

la cabeza del poeta la sencilla relacion conservada por la pluma prosáica del escribano. Así podrá ver la lucha de esas dos grandes diosas que presiden la una á la poesía y la otra á la historia; la imaginacion y la verdad.

«El viernes 42 de setiembre de 1642, el señor canceller entró en el palacio presdial de Lion á las siete de la mañana, acompañado de los señores comisarios diputados por el rey para sustanciar el proceso de los señores Cinq-Mars y Thou.

«El procurador general del rey en el parlamento del Delfinado ejercia el cargo de procurador del rey.

«Como hubiera entrado en la cámara del consejo el jefe de la policia fué enviado con su compañía al castillo de Piedra-Ciza para hacer venir al señor de Cinq-Mars, el cual fué conducido al palacio á las ocho de la mañana en un carruaje de alquiler. Al entrar en el palacio preguntó: ¿dónde estamos? Le respondieron que en el palacio; de lo que se manifestó satisfecho y subió las escaleras con bastante resolucion.

«Fué llamado á la cámara del consejo ante los jueces, donde permaneció hora y cuarto.

«Sobre las nueve el canceller envió al jefe de la policia á requerir y buscar al señor de Thou al mismo castillo de Piedra-Ciza y con el mismo carruaje de alquiler.

«Una hora despues el señor de Laubarde-mont, consejero en el parlamento de Grenoble, y el señor Roberto del de San German, salieron de la cámara para disponer á los prisioneros á oír la lectura de su sentencia y prepararlos á la muerte, lo que hicieron exhortándoles á que reuniendo toda su fuerza y valor manifestasen resolucion en una ocasion que asombra á los mas valerosos.

«Al oír aquella noticia afirmaron sus espíritus y manifestaron una resolucion extraordinaria, confesando ellos mismos que real y verdaderamente eran culpables y merecedores de la muerte, y que se hallaban bien resueltos.

«Aqui el señor de Thou dijo al señor de Cinq-Mars

—«Y bien, caballero, deberia quejarme de vos, porque me habeis acusado y me haceis morir: ¡emperó Dios sabe cuánto os amo! ¡Si, muramos! muramos como valientes, y ganaremos el paraíso!

«Se abrazaron uno y otro con grandísima ternura, diciéndose que pues habían sido buenos amigos durante su vida les serviría de gran consuelo el morir juntos.

«Entonces dieron las gracias á los señores comisarios, asegurándoles que no tenían ningún pesar en morir, y que esperaban que esta muerte seria el principio de su felicidad. En seguida se llamó á Pallerue, escribano criminal del presdial de Lion para notificar su sentencia.

«Despues de haberles leído la sentencia,

el señor de Thou dijo con gran sentimiento: —«¡Bendito sea Dios! ¡Alabado sea Dios!

«Y dijo en seguida muchas bellas espresiones con un indecible fervor que le duró hasta la muerte. Cinq-Mars despues de la lectura de la sentencia que le condenaba al tormento, dijo:

—«La muerte no me admira: empero preciso es confesar que la infamia de este tormento afecta poderosamente á mi alma. Si, señores, encuentro enteramente extraordinario el tormento para un hombre de mi condicion y de mi edad. Yo creo que las leyes me dispensan de él; al menos lo he oido decir. La muerte no me causa miedo; pero señores, confieso mi debilidad, no puedo digerir el tormento.

«Pidieron cada cual un confesor, á saber, Cinq-Mars al P. Malavete, jesuita, y Thou al P. Mambrun, tambien jesuita. El que hasta entonces había tenido la comision de custodiarlos, los entregó por órden del señor canceller en manos del señor Thome, preboste general de los mariscales de Lion, y se despidió de ellos.

«Habiendo llegado el padre Malavete, Cinq-Mars fué á abrazarle y le dijo:

—«Padre mio, me quieren dar tormento; me cuesta mucho trabajo resolverme á ello.

«El padre le consoló y fortificó su espíritu cuanto pudo en aquella critica situacion. Se resolvió, en fin, y el señor de Lanvordemont y el escribano vinieron por él para llevarle al cuarto del tormento, se tranquilizó y pasando por el lado del señor de Thou le dijo friamente:

—«Caballero, los dos estamos condenados á morir; pero yo soy mas infeliz que vos porque además de la muerte debo sufrir la cuestion ordinaria y extraordinaria.

«Condujéronle á la cámara del tormento y al pasar por el cuarto de los prisioneros, dijo:

—«¡Dios mio! ¿y á dónde me llevais? Y despues ¡ah qué mal huele aqui!

«Estuvo como media hora en el cuarto del tormento y despues lo sacaron de él sin que hubiese sido atormentado apenas, puesto que por la redaccion de la sentencia se había dicho que solamente seria presentado á la cuestion.

«A su vuelta el que le llevaba se despidió de él en la sala de audiencia con las lágrimas en los ojos despues de haber hablado algun tiempo juntos.

«Despues el señor de Thou fué á abrazarle exhortándole á que muriese constante y no tuviese aprension á la muerte: á lo que él replicó que jamás la había tenido, y que cualquiera que hubiera sido el sesgo que su causa hubiera tomado siempre había creído que no se escaparía de ella. Permanecieron juntos cerca de un cuarto de hora, durante el cual se abrazaron dos ó tres veces y se pidieron perdon mutuamente con demostraciones de la mas perfecta amistad.

«Concluyó su conferencia con estas palabras del señor de Cinq-Mars.

—«Es tiempo de que nos ocupemos de nuestra salvacion.

«Separáronse y Mr. Thou pidió un cuarto aparte para confesarse, lo que le costó trabajo obtener. Hizo una confesion general de toda su vida con grande arrepentimiento de sus pecados y mucho sentimiento de haber ofendido á Dios. Rogó al confesor que manifestase al rey y á monseñor el cardenal, el pesar que le causaba su culpa y que les pedia humildemente pèrdon.

«Duró su confesion cerca de una hora, al fin de la cual dijo al Padre que no había tomado nada hacia veinte y cuatro horas, lo que obligó al Padre á hacerle traer huevos frescos y vino: pero no tomó mas que un pedazo de pan y un poco de vino aguada, con el que no hizo mas que enjuagarse la boca. Manifestó al Padre que nada le había asombrado tanto como verse abandonado de todos sus amigos, lo que jamás hubieran creído, porque, dijo, desde que había tenido el favor del rey había tratado de hacerse amigos y estaba persuadido de haberlo logrado; pero que conocía que era preciso no fiarse de ellos, y que todas las amistades de la corte no eran mas que un puro disimulo. El Padre le respondió que tal había sido siempre el carácter del mundo, y que era preciso no admirarse de ello: y en seguida le citó el célebre distico de Ovidio.

Donec felix fueris, multos numerabis amicos
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

«Hízoselos repetir dos ó tres veces hasta que se le aprendió de memoria y luego los recitó mas.

«Pidió papel y tinta para escribir, como lo hizo, á la señora mariscala su madre, á quien entre otras cosas, rogaba que tuviese la bondad de pagar algunas deudas suyas; despues la entregó al Padre para que la hiciese leer por el señor canceller. El principal objeto de su carta era que le encomendasen á Dios y hacer decir misas por el bien de su alma. Terminaba asi: «sabad, señora, que tantos cuantos pasos doy son otros tantos que me llevan á la muerte.»

«Entre tanto el señor de Thou se hallaba en la sala de audiencia con el confesor entregado á trasportes divinos difíciles de espresar. En cuanto vió al confesor corrió á abrazarle con estas palabras:

—«Yo no tengo pena alguna; hemos sido condenados á muerte, y venis para llevarme al cielo. ¡Ah! ¡Cuán poca distancia hay de la vida á la muerte! ¡Es un camino muy corto! ¡Vamos, Padre, vamos á la muerte: vamos al cielo, vamos á la verdadera gloria! ¡Ay! ¡Qué bien he podido yo hacer en mi vida que haya podido proporcionarme el favor que recibo